



El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato Lo que fuere sonará.

REVISTA SEMANAL.

Dios guarde a V. y a mí también.
 Aquí debería terminar esta Revista, porque, francamente, esto es lo único que puedo decir al lector hoy día de la fecha.
 Pero ni VV. quedarían contentos si redujera mi Revista a un renglón, ni yo lo quedaría tampoco, porque no es posible que se quede satisfecho quien, teniendo un deber que cumplir, no lo cumple, —aunque ejemplos hay en el mundo de hombres que no cumplen sus deberes, sin que por eso se les vea coridos y avergonzados.
 Pero entremos en materia, —es decir, materia no hay para este artículo, —lo que es tanto más raro, cuanto que es lo que más abunda en el mundo: entremos, pues, en el artículo, a salga lo que saliere, y partamos del principio, repitiendo la frase *Dios guarde a V.*
 Esta frase es la más sencilla, natural y filosófica que ha podido inventarse para saludar al prójimo, y debe ser la más antigua, porque las gentes sencillas de la aldea suelen emplearla, con preferencia a ninguna otra así como también se emplea en el lenguaje oficial.
Dios guarde a V. tiene diversos significados, según la ocasión, según la persona que lo dice ó lo escribe, y la que lo oye ó lo lee, y según las circunstancias de tiempo y lugar.
 Ejemplos:
Dios guarde a V. al pie de un oficio, declarando cesante a un benemérito empleado, debe leerse de esta manera: «Amiguito, así Dios le guarde, a V. como que yo no le guardo a V. ya, y me importa V. tres pitos.»
Dios guarde a V. al pie de un oficio, nombrando a don Fulano para tal ó cual empleo, quiere decir: «Ahí vá eso, pero Dios le guarde, y le proteja, que con la misma facilidad con que un ministro da un empleo, lo quita otro.»
 En el *Dios guarde a V.* E. de las comunicaciones que se dirigen los generales de dos ejércitos beligerantes, debe leerse la mayor parte de las veces lo siguiente: «Dios te guarde de que yo te caja por mi cuenta, que tengo vivísimos deseos de romperte el bautismo.»
 Cuando se le comunica a un anciano la jubilación, que no sé qué júbilo pueda causar, se le dice:

mucho menos, y obtendría mayores resultados, y los autores dramáticos y líricos españoles se esforzarían con estímulo en escribir obras ligeras, populares é ingeniosas, que les darían mucho provecho.
 La empresa puede hacer lo que mejor le parezca, y este año tendrá que sostener, —aunque no sea más que por la negra honrilla, —la compañía de ópera con todas sus consecuencias; pero creo que en otra temporada, cuidará mas la citada empresa de sus intereses, y tendrá en mas consideración a los escritores, y a los músicos y a los actores españoles, aunque ya ha dado pruebas este año de interés por los artistas españoles, confiando la dirección de la ópera y de los conciertos al popular Barbieri, que desempeña dignísimamente su cargo.
 Y siempre será mejor oír en el teatro de los Campos versos españoles, que ver a la compañía árabe, procedente del desierto de Sahara, ejecutar el *volteo del desierto* —que es un título que ni al mismo demonio se le pudiera ocurrir, y los doce trabajos de Hércules, — que hartos trabajos tiene cada cual con los suyos, sin ser Hércules.
 Qué diría el ilustre Rossini, si viera en el teatro de su nombre dar saltos y zapatetas, en el aire al ilustre Sidi-el-Hadj Ali-Ballahomed, jefe de la compañía árabe, salida de la tribu de los ilustrísimos Beni-Zong-Tong?
 Los ejercicios plásticos-gimnásticos en el teatro de Rossini, que en su vida ha hecho, que yo sepa, una *plancha*, ni ha dado un salto mortal, me parecen fuera de lugar, por mas que tengan un mérito sobresaliente, aunque ya vemos en Madrid todos los días, sin ser Madrid el desierto, *volteos* que se hacen tanto mas fácilmente, cuanto mas difíciles parecen, y la *gran muralla de Pekin* no podría compararse con la *gran muralla* que formarían, por ejemplo, las sociedades de crédito que hay en la corte.
 Y he aquí, lector amigo, que mi Revista está casi hecha, aunque mal, que es como se hacen, despues de muchos rodeos y de muchas idas y venidas, las cosas en España y en muchas partes, lo que es un consuelo para mí, aunque no pueda ni deba admitir la disculpa el lector.
 Tendrá, sin embargo, la bondad de disculparme hoy, si no he cumplido mi deber todo lo bien que hubiera deseado; pero tenga en cuenta que nada ocurre, que la villa está tranquila, que, fuera de algún que otro rebullo, de alguna docena de atropellos por día, de infinidad de reyertas, que dar

«Dios guarde a V.» suprimiendo estas consoladoras frases: —«... que nosotros ya le hemos guardado a V. demás.»
 Cuando se le comunica al editor de un periódico la fausta noticia de haber sido multado, se le dice también: —«Dios guarde a V.» —que es como decirle: —«Dios guarde la lengua ó la pluma de los redactores de ese periódico, porque si no vá a haber muchas de estas.»
 En el *Dios guarde a V.* de los oficios que la Dirección de una sociedad de crédito dirige a los imponentes, pueden adivinar estos todo lo que quieran, un poema completo en diversidad de metros, y con muchos cantos, para que con ellos puedan darse en los pechos.
 En el *Dios guarde a V.* de las comunicaciones de dirección de una Sacramental, que trata, por ejemplo, de hacer mejoras y galerías en su cementerio, se vé un aviso nada lisonjero, es como una esquela fúnebre de la misma persona que recibe la comunicación.
 Por lo demás, *Dios guarde a V.* es una bellísima frase en la que la idea del Ser Todopoderoso, de cuya misericordia vivimos en el mundo, se une a la del amor al prójimo.
 Y burla burlando, he aquí que con solo el primer renglón de este artículo, he escrito ya la mitad del artículo, lo que, si no tiene gran mérito para el lector, lo tiene para mí, que escribo una Revista sin tener cosa alguna de que hablar, alegre, se entiende, que cosas tristes hay muchas en Madrid, que todos VV. conocen, sin necesidad de que yo las refiera.
 Entre las cosas que a mí me entristecen, es una la ópera en el teatro Rossini, y eso que a mí debería importarme poco, —que esto es lo que sucede en el mundo, —que el prójimo pierda su dinero.
 La ópera en el teatro Rossini cuesta un dínal, y la estación, y aquel sitio, y el público, que ya tiene ópera durante una larga temporada del año, están reclamando una compañía de verso ó de zarzuela, ó dos compañías, una de cada clase, que con obras alegres y entretenidas, hicieran reír grandemente al susodicho público, que llenaría el teatro, porque se divertiría y le costaría poco dinero.
 El lujo y la vanidad obligan a muchas personas a gastar mas de lo que les conviene en el teatro Rossini, y entonces gastarían menos, se divertirían mas, y se lucirían lo mismo; la empresa pagaría

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato Lo que fuere sonará.

poco que hacer á los médicos de las casas de socorro, y de un periódico nuevo que sale cada día, no hay absolutamente nada digno de mencionarse.

Y acabó como empecé, diciendo al lector: Dios guarde á V.

¡CESANTES!

La etimología de la palabra *cesante* no ha sido publicada, que yo sepa, y eso que es la más fácil y natural que darse puede.

La palabra *cesante* se compone de las palabras *cesa*,—del verbo *cesar*,—y *antes*, y quiere decir *empleado que cesa antes de lo que le conviene de ocupar un puesto en la mesa del presupuesto*.

Para no ser cesante no se conoce más que un medio, que consiste en no ser empleado, porque siendo esto es imposible dejar de ser lo otro á la larga ó á la corta,—y siempre es á la corta para los que comen el sabroso pan del presupuesto, que como todos los bienes de la tierra,—hablo del país, no del presupuesto,—suele durar breve espacio.

El estado de cesante es un estado interesante,—por lo embarazoso y por lo que interesa,—y reduce á un hombre á la nulidad, porque declarar á un hombre cesante, es decirle con toda la cortesía posible:—«Caballero, no me sirve V.; haga el favor de quitarse de en medio, y viva V. sin comer, si puede.»

Esto, que no se le puede decir al zapatero del portal, ni al tachuelero de la esquina, se le dice con los mejores modos al empleado, que siempre es un hombre lleno de pretensiones, y que se cree tan necesario para el presupuesto como necesario es para él el presupuesto.

Los criados y las criadas que se *desacomodan*, pronto encuentran nuevo acomodo, por recomendación del aguador, por conocimiento con otro individuo del ramo, y en último extremo, por medio de los celosos memorialistas, que, mediante una corta retribución, proporcionan criados á los amos, y amos á los criados; pero el cesante, aunque haya algún periódico memorialista, espera indefinidamente el nuevo acomodo, que llega á veces tras largos años de penalidades, y cuando el pretendiente está sin codos, por habérselos comido.

Un periódico ha dicho que en España todos somos empleados ó cesantes. Niego el supuesto: empleado soy yo, por ejemplo, si por empleado se entiende el que se emplea en algo, el que trabaja; pero cesante no lo soy, porque no he sido empleado del gobierno, y la palabra *cesante* se ha inventado para el empleado del gobierno exclusivamente.

Ser empleado es tan honroso como no ser empleado, porque yo creo que el empleado trabaja y gana decorosamente con este trabajo el pan que come, y el que le come su familia; pero ser cesante es una desdicha, y no sufrirla es la ventaja que tiene el que no es empleado sobre el que lo es.

El cesante está condenado á sufrir grandes amarguras sobre la amargura mayor, que es la de no cobrar el sueldo.

En el paseo,—los cesantes se pasean mucho,—en el café, en la calle, en todas partes encuentra el cesante al venturoso mortal que ha ocupado su puesto, y que más tarde será un cesante como él.

Y además de encontrarle en todo sitio, coge un periódico y lee:—«Desde que don Fulano se ha hecho cargo de tal negociado, se advierten grande actividad y grandes mejoras...» y ese don Fulano es precisamente el que le ha sustituido.—Busca ansioso un periódico de oposición, á ver si este, siquiera dá la razón y un consuelo al vencido, y lee:—«Ha sido declarado cesante don Fulano, siendo nombrado en su lugar don Zutano. Todo esto nos tiene completamente sin cuidado.»

¡Vean VV. qué palabras de consuelo para un cesante!

Un día se decide á presentarse al ministro, y preguntarle la razón de la sinrazón que con él se ha hecho, recomendándose al propio tiempo á la piedad y sensible corazón del que fué su jefe, ó mejor un Saturno, que no se come los hijos, pero que los deja cesantes, que es peor que si se los comiera, porque los deja sin comer. Se viste lo mejor que puede, y con luto en el alma y llanto en los ojos, penetra en aquel recinto, en aquel paraíso con pupitres y papelotes, y sufre la humillación de que el portero no le salude, como solía en otros tiempos, y la de que el celoso funcionario que le ha sustituido le dirija, pasando á su lado, una despreciativa mirada de compasión y se ponga á tararear aquella vulgarísima canción:—«No te compungas que ya no irás...» pero todo esto lo olvida cuando llegando al despacho del ministro, gracias á que le ha abierto paso un amigo de quien fué su compañero en la casa, y que ha tenido la fortuna de no quedar cesante

te todavía, aunque es seguro que lo quedará un día ú otro, entra y vé al grande hombre que dá y quita los empleos, que es un ingrato cargo, porque si aquellos á quienes dá empleos, pocas veces quedan contentos, y aquellos á quienes se los quitan quedan siempre rabiando aparte,—y la sonrisa franca y amable con que le recibe, y la bondad con que le manda tomar asiento, mientras concluye de escribir una cartita, le llenan de esperanzas, y le hacen hasta perdonar al ministro el golpe que le dió, dejándole cesante, seguro de que lo ha hecho nada más que por su bien, con la intención de darle mejor empleo, y quizá, como estamos en verano, deseoso de nombrarle con ascenso con destino á las provincias Vascongadas, donde la temperatura es tan agradable, y la vida tan deleitosa en la estación de los calores,—que ya sabe el ministro que está delicadillo, y que el año anterior le pidió licencia para remojarse el cuerpo en San Sebastian, y volvió al cabo de dos meses sano y colorado como una manzana.

Acaba el ministro de escribir la cartita, y con vivísimo interés le pregunta por la salud, y hasta por la de la familia, y le ofrece una *brevé*, que para nuestro cesante es la *brevé* preliminar, si así puede decirse, de la *brevé* que en forma de credencial desea, y apenas abre la boca el cesante,—que los cesantes abren mucho la boca,—para esponer al ministro su situación, le interrumpe este, y le dice infinidad de cosas, que así tienen que ver con las pretensiones de mi hombre como con la cuestión de la pobre infeliz Dinamarea, y en el mismo instante se presenta en el gabinete de S. E. un personaje, y el ministro despide al cesante, dándole la mano, y asegurándole que en cualquier cosa que le ocurra, ya sabe que puede mandar, con lo cual vuelve el pobre hombre á su casa ó á donde tiene por conveniente, con la *brevé* en la boca y sin la *brevé* en el bolsillo.

El cesante, si es hombre apocado y pusilánime, sufre y calla, y se está en su casa, comiéndose lo que tiene, si tiene algo, y espera con la paciencia de un santo que llegue el tiempo de la reparación, que suele no llegar para quien no se mueve y no intriga y no se hace presente á toda hora, que los hombres tenemos la costumbre de no hacer caso maldito del pobrete, que no nos incomoda con sus visitas, ni nos adula, ni se nos pega como una lapa, no dejándonos á sol ni á sombra.

Si, por el contrario, es hombre emprendedor y entremetido, pronto encuentra remedio en su situación, y si no mueve cielo y tierra, hasta conseguir otro empleo, hace un periódico, funda una sociedad de crédito, se dedica á traducir comedias, ó confecciona un veneno para matar las chinches, y quizá le vá mejor que cuando estaba revolviendo expedientes, y figuraba en ese precioso documento que se llama la nómina, en el cual somos tan pocos los que hemos figurado, y muchos menos los que no tienen deseo de figurar, siendo este deseo universal una de las causas, ó mejor dicho, la causa de muchos males, que todos VV. conocen perfectísimamente, sin necesidad de que yo los indique.

El cesante, mientras está en esta situación, es un hombre que no halla en el mundo nada que le consuele, como no sea la noticia de la cesantía del prójimo, siendo su mayor satisfacción la caída del ministerio que le dejó á pié.

Ya he dicho que hay un medio de evitar la cesantía, que consiste en no ser empleado.

Pues solo hay otro medio de evitar el deseo de ser empleado, que consiste en dedicarse á cualquiera de las muchas profesiones, que hoy ofrecen al hombre activo y laborioso, ancho campo, y vida tranquila y modesta, que es quizá más provechosa que la vida de azares, que depende del presupuesto, ocasionada á bruscas transiciones, respetando y no disputando sus puestos á los empleados que han servido honrosamente al país y á los gobiernos.

PANTICOSA.

(Correspondencia particular de EL CASCABEL.)

Panticosa 17 de Julio de 1864.

Señor Director de EL CASCABEL.—Muy señor mío, es decir, distingo, de su señora, que yo no quiero usurpar á nadie lo que le pertenece, y mucho menos, tratándose de propiedades de carne y hueso, por más que, hallándome yo en los huesos, no me vendrían mal las carnes que me faltan, y esta es la causa de mi venida á este sitio, donde me tiene V. atracándose de agua de la fuente del hígado, y restaurando mi organismo, un poco echado á perder á consecuencia de disgustos y azares, de que no hago á V. relación circunstanciada por no afligir á los lectores de su periódico.

Desde que comenzó el mes de Julio, mes que por alarmista y revolucionario debiera suprimirse del Almanaque, estoy instalada en el establecimiento,

en un bonito cuarto, alegre, como era yo en otro tiempo, limpio y aseado como conviene á una señora de mi condición, y en el que no me falta otra cosa que buena salud y un buen marido que, aunque ya ni lo espero ni me convendría hallarlo, porque he pasado de los cincuenta,—y esto solo á V. se lo digo,—confieso que ha sido el deseo de mi vida desde que tenía veinte hasta después de los cuarenta, deseo bien natural y legítimo en una mujer sensible é impresionable como ha tenido la desgracia de ser esta servidora de V.

Pero, amigo mío, el marido no se presentó; la media naranja que me correspondía en el reparto equitativo que hace la naturaleza, Dios sabe dónde demonios se habrá ido, en qué remotas regiones estará llorando la falta de la otra media, que soy yo.

Muchas veces he creído hallar en el mundo,—y mal pudiera en otra parte, pues no recuerdo haber estado más que en el mundo, desde que nací,—esa media naranja, en forma de hombre; pero, ¡ay, amigo mío! pronto conocía mi engaño: los que yo creía medias naranjas, eran medios melones ó medias calabazas, ó calabazas enteras; y como, á pesar de mi deseo de casarme, como se casa todo el mundo, no quería casarme sino con un hombre que tuviera ciertas y ciertas cualidades de saber, virtud, desinterés, gentileza y mansedumbre, he aquí por qué me he quedado en estado de merecer, aunque ya, francamente hablando, no es mucho lo que merezco.

Era yo, en mis juventudes, una muchacha, aunque esté mal que yo lo diga, bonita, graciosa, bien educada, que tocaba el piano, y cantaba con notable sentimiento las más bonitas árias de Mercadante y Rossini, que sabía francés, que en mi tiempo lo aprendían muy pocas muchachas, y que vestía con cierta elegancia y buen gusto, y había muchos que suspiraban por mí, y muchos que lloraban mis desdenes, y muchos á quienes desesperé con mis coquetterías, que ese ha sido mi flaco, señor Director, y ahora lo siento, que por aquel flaco me veo flaca, y sin gusto, y bebiendo el agua de la fuente del hígado, asistiendo por espacio de 20 minutos cada día al gabinete de *inhalación*, y viendo algunas caras que, Dios me perdone, no son para alegrar á nadie. Yo no sé cómo está la mia, pero no debe tener la triste apariencia que otras, aunque si en mi rostro se reflejara el estado de mi espíritu, haría huir á todos como de una sombra, cuando hay aquí muchos gallos que me hacen la rueda, y me traen y me llevan y me acompañan constantemente, disputándose el honor de llevarme el abrigo, de darme el brazo para subir á la fuente, y de concurrir á la misma hora que yo al gabinete de *inhalación*, ya citado. Verdad es, señor Director, que como estoy solita en mi habitación, y aquí sobra el tiempo, y me es preciso entretenerme en algo para distraer esta melancolía crónica que padezco, y sabe V. que soy tan aficionada á las bellas artes, he imaginado pintar un bellísimo rostro de mujer, que, á falta de lienzo, tabla y aun papel, lo he pintado sobre el mismísimo rostro que Dios me dió, y todos los días lo retoco y perfecciono, que pienso presentarme en la próxima exposición de pinturas y ganar un premio, ó siquiera una mención honorífica. Y con este rostro, que debo á mi buen gusto artístico, y mi sombrerito con su pluma, y su velo de gasa de color de rosa, y mi vestido entallado perfectamente, y recogido en graciosos pliegues, y mis botitas de *chagrin*, y mi pié, que si no es de *chagrin* es pequenito, y está, gracias á Dios, libre de ojos de gallo, aunque los gallos le echan muy buenos ojos, engaño, señor Director, á todos estos habitantes, y me esponjo y me contoneo, y me hago la chiquita, de tal modo, que si V. me viera, había de caer en la tentación de retratarme en su periódico.

Pero advierto que estoy hace rato hablando de mí, y aun no he dicho nada de Panticosa, á imitación de los autores de ciertas cosas, y de los hombres públicos de nuestra católica España, que hablan de sus insignificantes personas con preferencia á todos los intereses del país.

Panticosa es un cementerio; en Panticosa se muere todo el mundo, me decían mis amigas de Madrid, cuando supieron que el médico me aconsejaba estas benéficas aguas.

Y Panticosa, señor Director, no es tal cementerio, porque las defunciones son muy escasas, tanto, que desde que comenzó este año la temporada, solo han muerto, si no estoy engañada, dos personas, que vinieron en un estado que hacía esperar ese fatal resultado; una de ellas que falleció el día 8, era una pobre jóven, sobrina de un general, la cual ha subido al cielo, en los momentos en que creía que iba á hallar la felicidad en la tierra, uniéndose al hombre que amaba; la enfermedad terrible que la ha llevado al sepulcro, había impedido la realización de su matrimonio con un jóven, que también la acompañó á estos baños, y no se ha separado de ella hasta dejarla bajo la tierra del cementerio de Jaca, donde yace también la madre de la pobre niña, muerta allí hace años, cuando volvía de estos baños. Esto me han referido; ¡Cuánto habrá sufrido ese pobre jóven! ¡Qué triste viaje el que emprendió en

el silencio y en la soledad de la noche, por el camino abierto entre estas enormes montañas, desde el establecimiento al cementerio de Jaca, al lado del cadáver yerto de la que su corazón había elegido para compañera de su vida!

La temperatura en Panticosa es muy agradable, y he advertido que nosotras, las señoras, somos aquí menos cobardes que los hombres, — y creo que lo somos aquí y en todas partes, — porque por la mañana tempranó ellos salen embozados en sus capas hasta los ojos, ó envueltos en los gabanes, con dos levitas debajo, y su correspondiente tapabocas; y nosotras, con pocas excepciones, salimos tan frescas, sin mas abrigo que el indispensable. La primera operación, es beber medio vaso, ó un vaso, ó vaso y medio, ó dos vasos, según lo haya dispuesto el médico. Don José Herrera y Ruiz, que es, entre paréntesis, un médico muy ilustrado, y sobre toda ponderación amable con las señoras y con los señores; en la fuente tiene cada cual su vaso, entre los que los hay del mejor gusto, y en alguno de ellos he visto grabados dos nombres, uno de hembra y otro de varón, lo que me ha dado no poca envidia, porque esos dos nombres suponen amor ó matrimonio; ó uno y otro, que no soy yo de las que creen que el segundo es el fin del primero, así como el primero es, ó debe ser, por lo menos, el principio del segundo; en mi vaso no hay mas que un nombre, que significa solterona y jamona. Despues se pasea el agua por delante de la casa de la Princesa, se charla, y se espera la hora de tomar chocolate, que se toma en la fonda, á 8,500 piés sobre el nivel del mar, fonda bastante bien servida, en la que se administran alimentos sanos y bien condimentados, y se devora cada dia un crecido número de gallinas.

Estos simpáticos animalitos, los patos, las terneras, los carneros mueren aquí á docenas y á cientos para satisfacer la voracidad de los hombres y de las mujeres, que son los seres mas feroces y destructores que Dios ha creado.

¡Pobre ternera! Me refiero á una que vi el otro dia conducir al matadero. Los que lá llevaban tuvieron la crueldad de hacerla recorrer el camino con su madre; al llegar enfrente de la casa destinada al sacrificio, cogieronla, y el desdichado animal, como si conociera lo que la esperaba, forcejeaba con dos hombres por volver al lado de su madre, que la seguia triste, á pesar de que otro hombre procuraba alejarla. Dos veces pudo escaparse de manos de sus verdugos, y corrió al amparo de la ma-

dre; pero al fin, cogiéndola por las patas traseras, la arrastraron sin piedad al matadero, sin que les conmovieran los dolorosos bramidos que daba la pobrecita, á los que contestaba la desvalida madre. Algunos habrá que se rían de mí, pero crea V., señor Director, que esta escena oprimió mi corazón, y que de mis ojos se desprendió alguna lágrima.

A las once y media vamos todos á esperar el correo, que lo reparte el administrador del establecimiento, don Gregorio Quijada, que es el alma de Panticosa, el hombre mas incansable que se conoce, cuando se trata de complacer á los bañistas, y á quien la empresa debe estar muy agradecida, por el celo y la habilidad con que desempeña su cargo, que le aseguro á V. que es mas difícil que todos los cargos que desempeñan con tanto bombo y con tanta ridicula vanidad los que se llaman hombres públicos. La hora del correo es la mejor para los que esperan carta de su madre, del esposo ó de la esposa, ó del novio ó de la novia. Yo, amigo mío, no espero mas que El Cascabel, y La Correspondencia y Las Noticias, que me ponen al corriente de lo que sucede en Madrid, y en la primera página me alarman, y en la segunda me tranquilizan, y me inician en los saltos, evoluciones, entradas y salidas de los hombres públicos, á los que soy por extremo aficionada, como habrá V. tenido ocasion de advertir.

A la una comemos, los que comemos á la española, y á las nueve de la noche cenamos. Entre una y otra comida tomamos las aguas, el agua, mejor dicho, y los gases bajo la direccion y la llave de un señor á quien aquí llaman Neptuno.

Hay en el establecimiento muchas personas conocidas en la buena sociedad de Madrid, y aquí están dignamente representadas la milicia, la literatura, la riqueza, las ciencias, el clero y el presupuesto. Hace dos dias salió con direccion á Madrid nuestro respetable don Juan Eugenio Hartzenbusch, con quien he echado mas de un párrafo, y que me ha acompañado con su hijo Eugenio y el señor Gullon, conocido editor de obras dramáticas, á paseo por el camino de Panticosa, y en la mesa, á las horas de comer desde el dia de mi llegada hasta el de su marcha. Hartzenbusch no ha estado aquí ocioso un solo dia, y lleva á Madrid un tomo de libros de caballeria, de los publicados en la Biblioteca de Ribadeneira, materialmente cubierto de notas aclaratorias de muchos pasajes y de muchas locuciones del Quijote, notas curiosísimas que aparecerán en la edicion de lujo, que de las obras de Cervantes dá á luz

aquel infatigable editor, á quien tanto deben las letras españolas. Es portentosa la aficion que tiene al estudio el distinguido autor de Los amantes de Teruel, y asombra el caudal de conocimientos literarios que posee. Un hombre así hubiera deseado yo para marido; pero hombres así, no hay mas que don Juan Eugenio Hartzenbusch.

Ahora como solita, que, aunque hay muchos gallos que se les van los ojos hacia mi mesa, y con quienes yo comeria de buena gana, no me atrevo á admitir su compañía, temerosa de que se murmure de mí, porque entre ellos hay alguno buen mozo y soltero por añadidura.

Olvidaba decir á V. que estamos esperando al Ilustrísimo señor Arzobispo de Valencia y al general Prim, que es un hombre á quien siempre he tenido en grande estima, y á quien no he vuelto á ver desde el dia en que le oí hablar en los Campos Eliseos, escondida detrás de un tapiz, desde donde presencié aquel famoso almuerzo, gracias á un primo que tengo progresista, para servir á V.

Adios, señor Director; dispense V. las faltas de esta carta, y déme V. noticias de esa Babel, donde tanto ha sufrido

La señora de siempre.

CASCABELES.

Dijo el otro dia un periódico:

«El valiente Rafael Molina (Lagartijo) está casi bueno de la herida que sufrió en la corrida del 3 de julio. El domingo 10 presenció esta ocupando una delantera de la andanada primera de palcos.»

Es decir, que en la corrida del 3 de julio fué herido, y el 10 de julio presenció esta corrida, es decir, la del 3 de julio.

Solo un Lagartijo es capaz de este milagro.

Recomendamos á todos los matemáticos este problema que con el disfraz de noticia publicó hace dias un periódico:

«En el hospital general de Madrid hubo este movimiento de enfermos en el mes de mayo último:

»Quedaron en fin de abril, 1151; entraron en mayo 1053, que componen un total de 2204, de los cua-

y las señoras se miran, que tienen mucho que ver, y un isencito que almuerza al lado de doña Inés.

le murmura por lo bajo:

«¡Pero qué linda es usted!»

en tanto que su marido

conversa con don José

de lo de las islas Chinchas

ó Chinchas, — lo mismo es.

Despues de almorzar, por si

alguno los viene á ver,

vuelve á vestirse, y va cuatro

la mujer de don Ginés;

mientras él, porque ha leído

que un arreglo debe haber,

se pone á escribir al gefe

para que tome interés

en que arreglen á quien quieran

y no le arreglen á él.

No llega visita alguna,

llega la hora de comer,

y doña Inés á vestirse

vuelve, y es la quinta vez.

Bajan á comer; las damas

de nuevo empiezan á hacer

el exámen de vestidos,

y ellos vuelven á hablar del

mundo y sus monarquias,

y el jóven á doña Inés

le murmura por lo bajo:

«¡Pero qué guapa es usted!»

Terminada la comida,

para digerirla bien,

es preciso ir á paseo,

y á vestirse hay que volver.

Este es el supremo instante;

el supremo instante es

de vencer en elegancia,

en riqueza y gusto, y de

obedecer de la moda

con todo rigor la ley

Despues del paseo, cuando

se han mirado todos bien,

para asistir al concierto

hay que vestirse otra vez....

Y de este modo se curan

los granos de doña Inés.

(Concluída.)

ROMANCES POPULARES.

POR

D. CARLOS FRONTAURA

IX.

Viaje de placer.

(Continuacion.)

II.

A las tres de la mañana

ya está don Ginés en pie,

porque salir muy temprano

le conviene á su mujer.

Comienza la pobrecita

á las cuatro su toilette,

y no es mucho si concluye

despues que han dado las seis,

y como dos tortolitos

entrambos salen á ver

la playa y la mar indómita

y la gente que los vé.

Ella cuida de vestirse

con notable sencillez

que contraste con el traje

que ha de ponerse despues;

admiran ambos esposos

de la natura el poder,

las elevadas montañas,

las olas del mar que ven

estrellarse rebramando

de las montañas al pie,

lo gordas que están las vacas

que al campo van á pacer

y ella critica el mal gusto

de la esposa de Cortés,

la importancia que se dá

la mujer de Alonso, que

hizo el dinero en el rio

y guisando de comer,

el abandono en que tiene á sus hijas don José, administrador de rentas, que las deja ir con Soler, — no á las rentas, á las hijas, — siendo así que Soler es un solteron que en el mundo

tiene un concepto cruel,

y se vuelven á la fonda,

donde afeitán á Ginés,

mientras para el baño vuelve

á vestirse su mujer,

y dos horas no han pasado

cuando se los vé otra vez

tomar del mar el camino

para zambullirse en él.

Don Ginés se vá con ellos

y con ellas doña Inés,

que así se llama su esposa

para que lo sepa usted,

y en el seno de los mares

aquel matrimonio fiel

dejar los males procura

que tanto le dan que hacer.

Don Ginés no nada nada,

pero ella nada muy bien,

y se larga mar adentro

con notable intrepidez.

Don Ginés quiere decirla:

—«Que un pez te puede coger,» —

y se le pega la lengua

porque de miedo no vé,

y no quiere mover mas

que las manos y los piés,

y en tanto un pez con calzones,

que no debe ser mal pez,

se dirige á toda vela

camino de su mujer,

que se vuelve hacia la playa

á toda vela tambien.

Salen del mar con los trajes

adheridos á la piel,

ella con tres granos menos,

y él sin cesar de toser,

y se vuelven á la fonda,

quiero decir al hotel,

y doña Inés á vestirse

vuelve por tercera vez;

bajan á almorzar; la mesa

muy concurrida se vé,

los curaron 1067, fallecieron 153, quedando en fin del mismo mes 2204.

Esto no se explica, sino habiendo quedado en el hospital los que se curaron y los que fallecieron. Denunciamos este abuso a la Junta de Beneficencia, que creemos no permitirá en lo sucesivo que se queden en el hospital los que se curen y los que se mueran, con notable perjuicio de los enfermos que ni se curen ni se mueran.

Solucion a la charadita inserta en el numero anterior.

Encontrar una cucaña no es difícil en España; mi cucaña era un marido, y encontrarle no he podido.

La señora de siempre.

—¿Querrán VV. creer, decia un andaluz, que durante dos años no he bebido mas que agua de Colonia?

—¡Qué barbaridad! dijo uno que le oia.

—Pues es la verdad, y V. perdone, dijo el andaluz, porque en Colonia no se bebe mas agua que la del país, y yo estuve allí dos años.

En un anuncio de La Correspondencia se piden 16,000 rs. prestados por un año, hipotecando valor de mas de 100,000, y advirtiendo que no se pagará mas del 18 por 100.

Cuando el mozo que necesita ese dinero dice que no dará mas del 18 por 100, ya pueden VV. figurarse cuál será el tanto por 100 que se exija hoy por hoy por los que facilitan dinero a préstamo.

Miren VV. lo que se escribe hoy en un periódico:

«Santana me está cargando con la tal Correspondencia; como se pierda algun palo ya sé yo quién se lo encuentra.»

Esto lo dice El Pan funcionarismo.

Ya ven VV. que la prensa no se para mucho en delicadezas y cortesias.

Leemos en el último número del El Pan funcionarismo:

«¡Qué hombres hay en nuestro desgraciado país! ¡Pobre país de abanico!!! No es solo este periódico el que llama a su país desgraciado, infeliz, y de abanico.»

Acostumbrados estamos a ver frases parecidas en todos los periódicos, y siempre las vemos con pena, porque, sobre no ser cierto que la noble España haya merecido ni pueda merecer nunca que se la llame país de abanico, es muy sensible que sus mismos hijos sean los que hablen de ella en ese tono despreciativo.

Que esto lo hagan Alejandro Dumas y otros escritores, que no conocen a España ni por el forro, puede perdonarse; pero que lo digan escritores españoles, que viven en España y de España y para España escriben, es por lo menos una ligereza que merece severa censura.

Solucion del logogrifo y de la segunda charadita del numero anterior.

Tu logogrifo es señora y tu charada Toledo; ya ves que llamarme puedo regular desesfradora.

La sobrina de la señora de siempre.

Hablando de los toros corridos el otro dia, dice un periódico que algunos de ellos estuvieron descompuestos para la muerte.

¡Aquí del reglamento!

No se olvide incluir un artículo que exija a los toros la mayor compostura para la muerte, y otro que disponga que a los toros, cuando vayan a recibir la muerte, se les ponga papalina ó sombrero pameña con unos lazos bonitos y de moda.

Dice el mismo periódico, hablando de la misma corrida, que en varios tendidos hubo disputas y algunos palos, sin consecuencias.

Esto de los palos prueba la influencia de las corridas de toros en las buenas costumbres y en el carácter de los aficionados.

Tengo que referir á VV. la historia de un caballero que ha encontrado un medio bastante extraño de librarse de acreedores importunos.

Doy á VV. la receta y VV. harán de ella el uso que tengan por conveniente.

Dicho caballero tiene un amigo, que le quiere mucho, y que vive con él, y cuya única obligacion en la casa de aquel es esta:

Se sienta en una silla en el gabinete de su amigo, siempre que oye que entra algun acreedor, con la furia propia de estos feraces seres.

El dueño de la casa recibe al acreedor con un saludo, y le dice, señalando á su amigo:

—Permitame V. que acabe con este caballero, que tambien me reclama cierta cantidad.

Y dirigiéndose á su amigo, esclama:

—Ya he dicho á V. hace una hora que no puedo dar á V. ni un maravedí, y ya le he prevenido que la paciencia tiene sus limites, y que no quisiera verme obligado á tirar á V. por la ventana.

El amigo contesta, el dueño de la casa contesta mas fuerte, y despues de decirse mil improprios, este coge á aquel por mitad del cuerpo y le tira por la ventana.

Y volviéndose tranquilamente al acreedor que espera, le dice:

—Ahora voy ya con V.

Pero el acreedor toma la puerta mas que á paso.

El amigo vuelve á subir, porque el cuarto es entresuelo, y en el patio adonde dá la ventana, tiene puesto el dueño de la casa un toldo fuertemente atado á las ventanas, sobre el cual cae el amigo, sin riesgo alguno, aunque ¿quién sabe si algun dia se romperá una pierna en aras de la amistad?

LOGOGRIFO.

En cuatro letras que tengo

tengo un signo musical, una mujer desdichada, lo que te puede abrasar, una verdura que comes, un juego que es viejo ya, lo que dices á cualquiera y encuentras siempre en el mar, lo que oyes en un teatro, en una solemnidad, y el todo, lector amigo, se lleva siempre detrás.

La Gaceta ha publicado en el mismo dia la ley de imprenta y el reglamento del Observatorio astronómico.

Este es uno de los muchos contrastes que se advierten en el mundo.

Un periódico nos habla de un niño, que dias pasados se arrojó al rio Segre á salvar á otro, sin desnudarse de los vestidos.

Hasta ahora no sabiamos que nadie pudiera desnudarse de otra cosa que del vestido.

El otro dia anunciaba La Correspondencia el hallazgo de una papeleta de empeño de la casa calle de Toledo, núm. 30, en la que consta la nota de objetos empeñados por valor de 16 reales al interés de 15 por 100 mensual!!! Escusamos comentarios.

De los Campos á la empresa un colega dá consejos, porque le han puesto en la mesa repodridos los cangrejos. Casos habrá mas estraños que esa triste situacion. lo menos de hace diez años los tales cangrejos son.

Dice un periódico, hablando de traslaciones de empleados, que se trata de hacer un hueco al señor Escobar.

¡Pobrecillo! ¿Dónde? Suponemos que será donde no se le vea.

Otra vez vuelve la prensa á ilustrar y á moralizar á las hijas y á los hijos de familia, que tanta afi-

cion tienen á leer los periódicos, y los folletines de los periódicos, con las declaraciones de la reo Vicenta Sobrino y los detalles anteriores al crimen de que fué víctima la pobre doña Vicenta Calza, publicando la notable defensa escrita por el distinguido abogado de aquella desdichada.

Dice un periódico que varios aficionados lidiaron dias pasados en Córdoba un torete, con la particularidad de lidiarlo á puerta cerrada.

Como que si la puerta hubiera estado abierta, el toro habria tomado probablemente las de Villadiego.

No comprendemos cómo el gobierno no ha publicado la noticia en Gaceta extraordinaria y á puerta cerrada.

CHARADITA.

La primera y la segunda bien te puede defender,

y la primera y tercera no se hace con dos ó tres,

y es lo que en oyendo tiros hago yo bastante bien;

en la segunda y tercera cabello se suele ver;

sin la segunda y la primera ningun cazador se vé;

del todo no doy señales,

porque aciertes lo que es.

NUEVO REGALO

A LOS SUSCRITORES DE EL CASCABEL.

EL CASCABEL, cada dia mas agradecido al favor que el público de Madrid y provincias le dispensa, y siguiendo su costumbre de hacer cada tres meses un obsequio á sus suscritores, va á regalarles en el presente mes de Julio un tomo, que ya está en prensa, y que contiene seis leyendas en prosa, con este titulo:

HISTORIAS TRISTES,

escritas por D. Carlos Frontaura. Este tomo, elegantemente impreso, vale mas de los 6 reales que cuesta la suscripcion de tres meses á EL CASCABEL.

CONDICIONES DE ADQUISICION.

Los señores suscritores, cuyo abono haya terminado en Mayo ó Junio, ó termine en fin de Julio, recibirán gratis, lo mismo en Madrid que en provincias, el libro titulado Historias tristes, si renuevan su abono por tres ó mas meses antes del 25 de Julio actual, remitiendo su importe, á razon de 6 rs. por trimestre, en libranzas, ó sellos, si no pudieran adquirir libranzas, á la Administracion de EL CASCABEL, Jardines, 11.

Los suscritores actuales por seis meses y por un año tienen derecho á recibir el libro.

Los suscritores nuevos que quieran recibir el libro que anunciamos, deberán remitir por los tres meses de suscripcion 3 rs., es decir, que les damos el libro por 2 rs.; los que se suscriban por seis meses remitirán solo 13 rs., es decir, que no pagarán mas que Un Real por el libro.

Los suscritores nuevos que lo sean por un año recibirán gratis el libro.

Solo nos resta añadir que el libro Historias tristes, es un libro moral á la par que ameno y entretenido, y que el padre mas celoso de los buenos principios de sus hijos puede estar seguro de que en su lectura no hay riesgo alguno.

La edicion será limpia y elegante.

ANUNCIOS.

ALMANAQUE CÓMICO-PROFÉTICO DE EL CASCABEL.—Se vende á 2 rs. en la Administracion de este periódico.

EL GOBIERNO, periódico político. Se suscribe en la Administracion, calle del Olivo, 6 y 8, principal.

Por lo contenido en este número. F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.